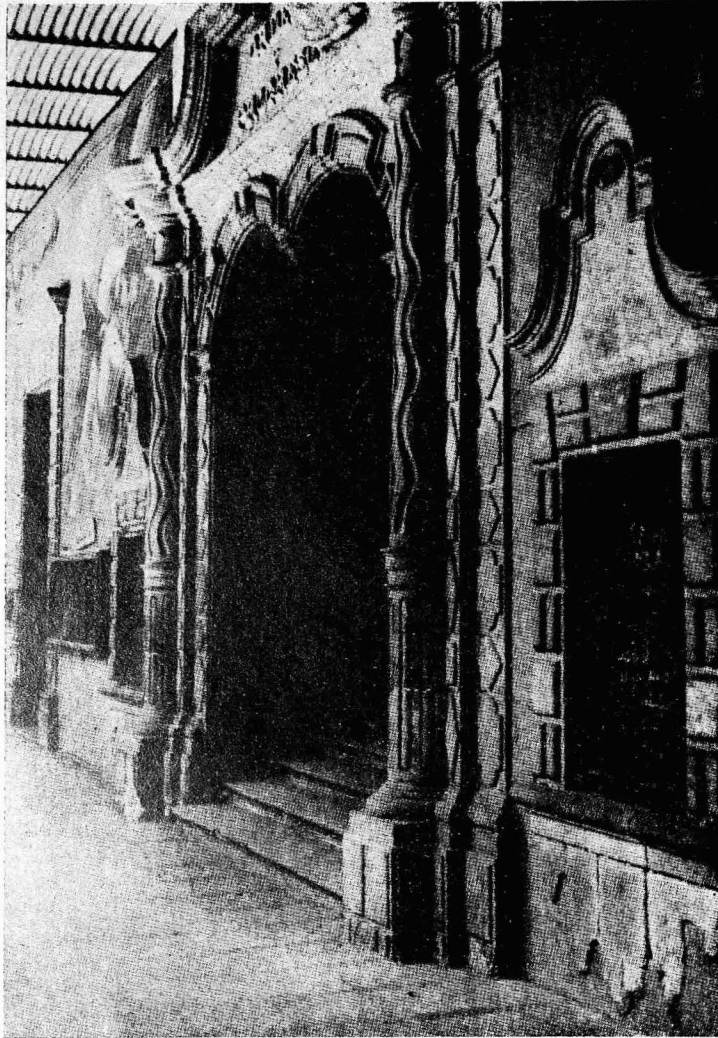


# Recuerdos preparatorianos

Por Alfonso REYES



San Ildefonso. Arranque de la escalera principal

## I

Allá en mis días, la enseñanza de las letras en la Escuela Preparatoria se había reducido a un mínimo oprobioso y ridículo. Ya nadie sabía cómo enseñar la literatura, y los programas no consentían verdaderos cursos de historia literaria. El caro maestro Sánchez Mármol se permitía algunas discretas incursiones en la preceptiva, y más bien obraba por radiación atmosférica y aura personal. No era menor, naturalmente, la fascinación del inolvidable Luis G. Urbina, quien llegó a adquirir una verdadera maestría en la cátedra y ha dejado de ello excelentes testimonios; pero, en el instante a que me contraigo, nada más se quitaba la clase de encima con cierta graciosa desgana. El propio Salado Álvarez, escritor de fuste, hacía que los muchachos le leyeran, a la bochornosa hora de la siesta, algún drama de Galdós que le aburría hojear a solas. De repente, entró en el cuadro Manuel G. Revilla. Nuestro primer encuentro fue trágico. Daba su primera clase. Yo estaba algo distraído y conversaba en voz baja. Me ordenó que abandonase el aula. Me salvó un clamor general de protesta:

—Bien —me dijo—, quédese en su sitio, puesto que lo piden sus compañeros; pero dígame cuál es la primera condición de un diálogo.

—Que las palabras de cada personaje correspondan a su carácter —contesté.

—Me alegro de no haberlo expulsado, pero en adelante guarde usted el silencio debido.

Le di las gracias y obedecí.

Habría sido mi profesor sólo una semana. Pero seguí siempre conversando con él y consultándole mis dudas los años siguientes, por los corredores de San Ildefonso. Conservo de él un recuerdo excelente.

Tenía vocación de maestro. No he olvidado su afabilidad ni sus acertados consejos. Respeto su memoria. Estimo en mu-

cho sus contribuciones a la cultura, a la historia de las artes de México. Me hizo conocer buenos libros. Me descubrió algunos rincones de la vida de nuestras letras. Por él averigüé que el gramático Rafael Ángel de la Peña se lanzaba ya a un alegato en pro de la *j* de México, cuando conoció la opinión contraria del Ministro Baranda, y corrió a la imprenta a retocar sus pruebas y a mudar el sentido de sus conclusiones: triunfó otra vez la *x*.

Las “estudiantadas” que aquí refiero no pretenden desacarlarlo ni menos inquietar sus cenizas. Son recuerdos jocosos de aquella desaprensiva juventud, y quisiera que a través de ellos se trasluzca el cariño con que evoco al maestro Revilla.

Era miope y muy calvo. Los muchachos comenzaron por llamarle “el pelón Revilla”, y al fin lo apodaron “el pelón Rodilla”. Pero lo respetaban, sentían al maestro. Su dictamen era infalible. Su sinceridad rayaba en la impertinencia, a nadie engañaba:

—Si tiene usted afición a las letras, lea, cultívese, hágase un hombre erudito y de buen gusto —le decía a Fulano en plena clase—, pero déjese de hacer versos, que no lo llama Dios por ese camino.

A Mengano le prestaba ejemplares de su propia biblioteca particular, “para que no siguiera hablando de las cosas sin enterarse”. Y a Perencejo le gritaba desde su pupitre:

—¡Cuidado con la pedantería, muchacho! ¡No me cite usted a Schopenhauer para decirnos lo que todos sabemos!

Y se llevaba las manos a la cabeza, como si de veras la evocación del filósofo pesimista lo escandalizara en labios de un adolescente.

Era profesor de Lengua Nacional. Así llamaban los flamantes programas oficiales a la asignatura, acaso por sortear el escollo de la palabra “española” o “castellana”, y revelando una oscura rencilla de coloniales emancipados.

Tuvo la suerte de hacer un corto viaje a España. Publicó sus observaciones, sin disimular su candoroso asombro ante el buen castellano que se hablaba en Castilla. Eso de que un golfillo madrileño le llamara al "garage" el "gará", le parecía, y con razón, una prueba del buen sentido idiomático para adoptar, transformándolo, el neologismo.

Yo tenía pocos años. También me gustaba burlarme, como a todos. No era ello desafecto, no. Tampoco era insolencia. Era travesura de chico, y nada más. "Hace, en fin, la edad su oficio", explicaba nuestro Ruiz de Alarcón para disculpar las liviandades de los mozos de Salamanca. La admiración de don Manuel por el castellano de Castilla se prestaba a la fácil sátira. Alguno de los compañeros de aula no pudo contenerse, y parodiando la conocida décima de Moratín sobre el lusitano que se pasmaba ante el francés de los muchachos de Francia ("Admiróse un portugués / al ver que, en su tierna infancia", etc.) se dejó salir esta humorada:

Se admiró el Pelón Rodilla  
al ver que, en su tierna infancia,  
los chicuelos de Castilla  
usaran la concordancia.  
"Es cosa que maravilla  
—dijo con cierto mohín—,  
que, en lo de hablar *gachupín*,  
vulgo Lengua Nacional,  
soy maestro y lo hago mal,  
y aquí lo habla un chiquitín."

Un indiscreto se atrevió a llevarle la décima en un papelito muy bien doblado. Es la primera y única vez que lo oímos reír a carcajadas.

—Por aquí anda un Marcial en cierne —decía—. Porque yo creo, con Cavia, que lo correcto es decir "en cierne" y no "en ciernes". ¡A ver, que dé la cara! Quiero felicitarlo. Me ha parecido muy graciosa la jugarreta. ¡Lástima que sea a mis costillas! Pero yo también fui muchacho.

El Marcial "en cierne" no quiso descubrirse. Pronto echó por otros caminos. Se volvió abogado picapleitos. Luego fue demagogo, y lo hicieron diputado. Se enriqueció, se le olvidó la Lengua Nacional, se le olvidó hasta el alfabeto. La Musa iracunda de la Gramática ha plantado espinos en su tumba.

## II

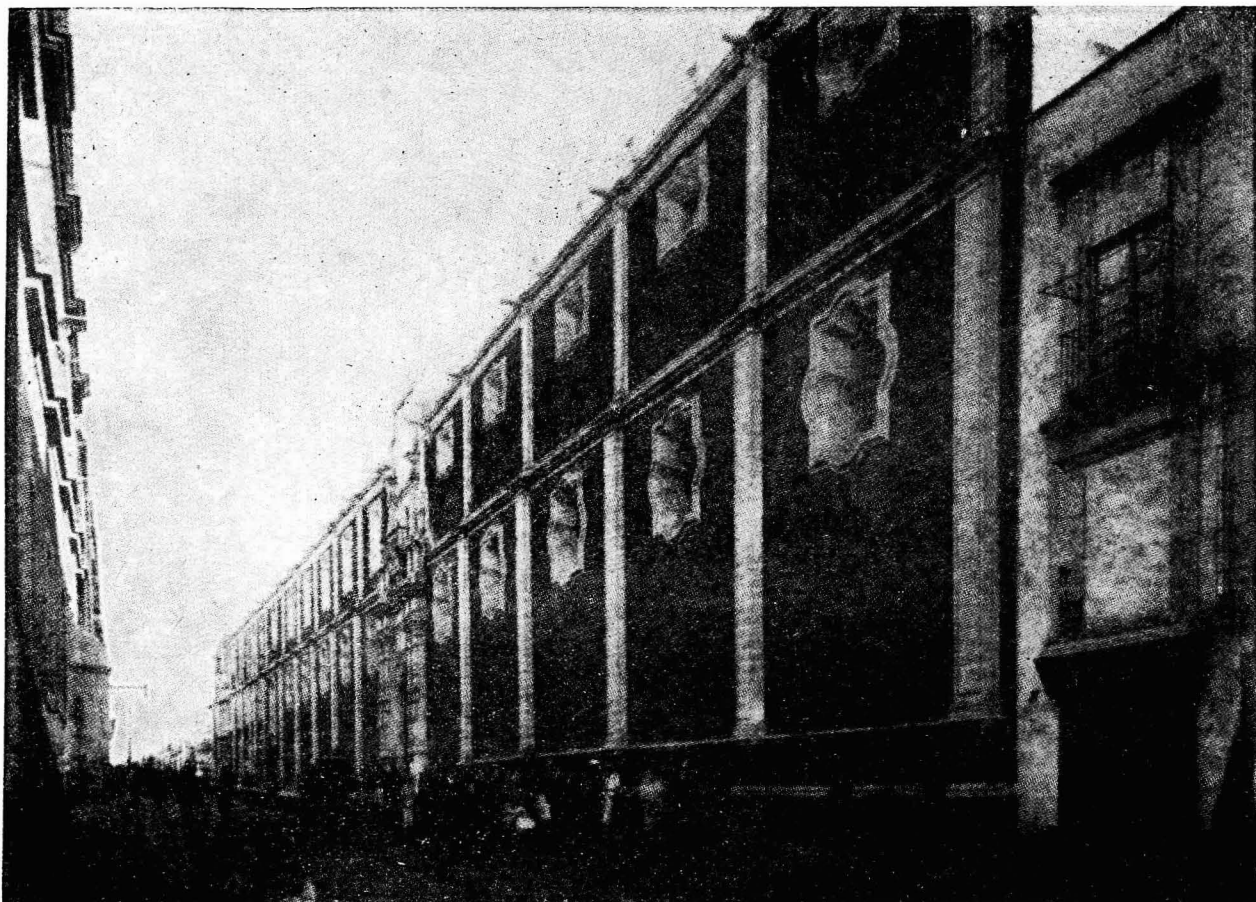
Bajo la férrea dirección del doctor José Terrés, hubo en el edificio de San Ildefonso una gran reforma. Los muros estaban embadurnados de cal, según la mala costumbre de la época. El doctor Terrés los mandó raspar en buena hora para descubrir otra vez las nobles piedras seculares. De paso, se abrieron antiguas ventanas clausuradas y tapiadas de tiempo atrás, se acondicionaron nuevas salas, dándoles luz y aire. ¡Oh dolor! Cayó el árbol magnífico que asombraba con sus frondas un rincón del primer patio, y desapareció "el banco de los flojos" que se guarecía a su penumbra, y era el refugio natural de los que escapaban a las clases.

Se encargó de la obra el arquitecto Manuel Torres Torija, mi profesor de matemáticas. A él, y antes, en el Colegio Civil de Monterrey, al ingeniero Porfirio Treviño Arreola, debo cuanto aprendí de esta ciencia. Porque algo llegué a aprender, en efecto, aunque hoy apenas acierto a despejar la incógnita en una ecuación de primer grado. Pero allá, en la subconciencia, se quedó el regusto, y en la conciencia, la disciplina adquirida, que tanto aprovecha para el ejercicio literario. Y creo que mis aficiones por los últimos saldos humanos y filosóficos de las matemáticas están confesados, por ahí, en algún capítulo de mi libro *El deslinde* y en no sé qué páginas sueltas.

Torres Torija dio una tarde, en el alféizar de una ventana recién descubierta, con una inscripción que, por lo visto, había dormido varios lustros en su sepultura. Era nada menos que la ilustre firma de don José Ives Limantour, fechada por los días en que era estudiante preparatoriano. La hizo sacar cuidadosamente, y fue a ofrecerla como obsequio al poderoso Secretario de Hacienda.

¡Lástima grande que la firma datase del día anterior! Si no me engaño, fue una falsificación de Mario Torroella, hoy conocido y admirado médico de niños. ¿Qué habrá dicho don José Ives?

Continuó la obra. Hubo que levantar y rehacer el piso de un corredor, y tender provisionalmente unas tablas para pasar sobre el abismo. Y un buen día, a la entrada de aquel puente inseguro o que, al menos, podía atemorizar a quien no tuviera de quince a veinte años, nos encontramos a un señor, espantado como animal huidizo caído en una trampa. No osaba mirarnos, escondía la cara, parecía tener miedo de los muchachos, se en-



San Ildefonso. Vista general de la fachada



jugaba nerviosamente el sudor, iba y venía con unos cortos pasitos. Quería cruzar el puente y no se atrevía. ¿Quién era, adónde iba, qué hacía en aquel sitio? Alguien se compadeció de él, lo tomó del brazo y lo llevó hasta el otro extremo, como se ayuda a los ciegos en las bocacalles. Y el señor desapareció, casi corriendo, por una puerta disimulada. Se filtró por las paredes, en suma.

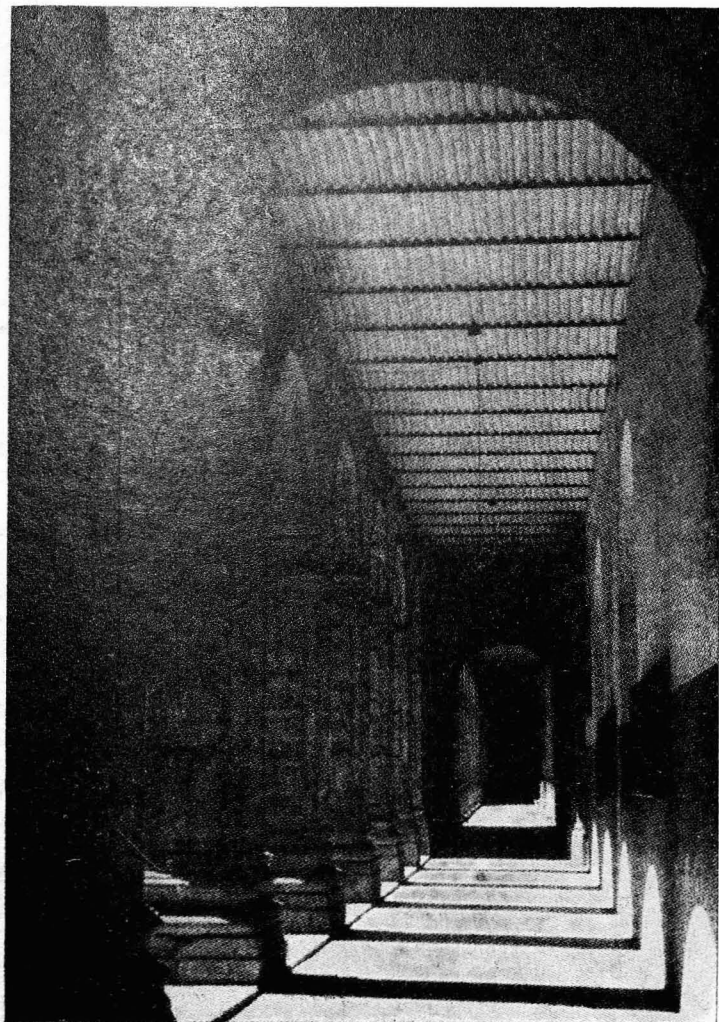
Pronto se reveló el misterio. ¡Aquél era nada menos que *Chicho* Prado, el ilustre matemático don Eduardo Prado! ¡Y vivía en algún departamento interior de la Preparatoria cuya existencia misma ignorábamos, alejado del mundo, embriagado de cifras, algo "chiflado" y estrellero, imagen del sabio que se cae al pozo por medir las paralajes! El Estado lo había recogido piadosamente, y me figuro que allí se extinguió en silencio, aunque ya vivía enterrado en vida.

Algún contemporáneo suyo me contó después que siempre había sido distraído y vagabundo de pensamiento; que, cuando aún frecuentaba el siglo, le acontecía ir escribiendo cálculos, fórmulas y garabatos por mitad de la calle; y que si veía venir algún coche, en vez de cruzar y buscar la acera, se ponía a correr frente a los caballos como las gallinas, sin abandonar su tarea.

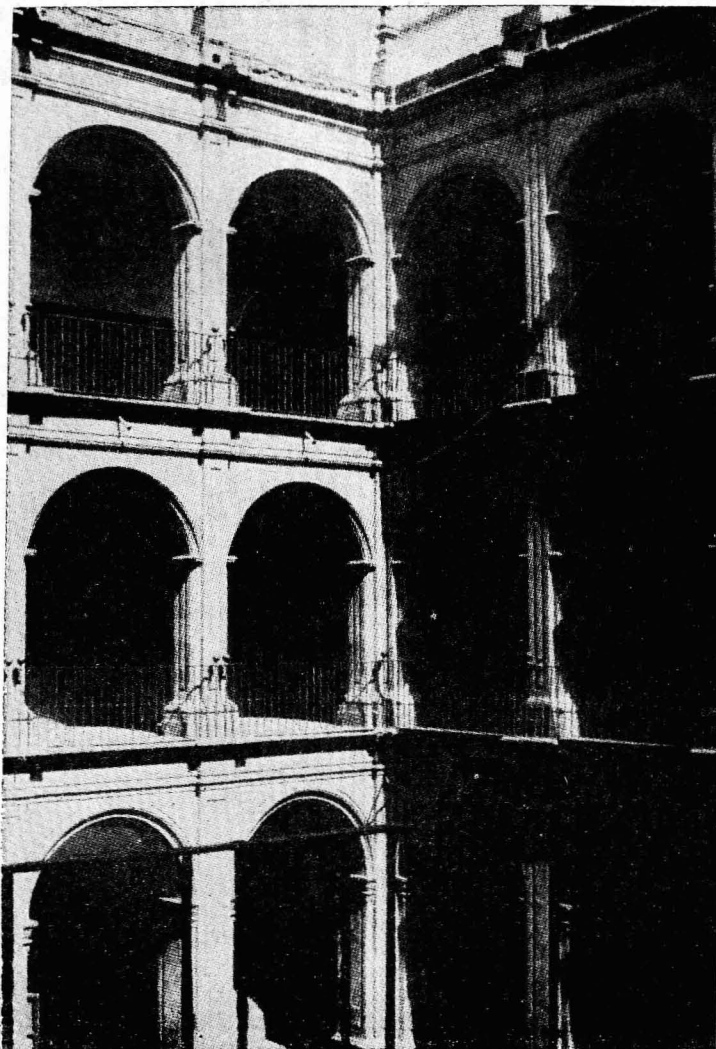
Lo que menos imaginábamos es que aún vivía, y que habitaba en nuestra casa de estudios. El inmenso Colegio de San Ildefonso tenía entrañas insospechadas. Sabíamos que por algún lado habitaba el Prefecto General con su familia. También Manuel Palacios Roji, protegido de don Justo Sierra. Y doña Loretito, la que cuidaba el tocador de las señoritas. Y Magaña, empleado de la escuela, con su hijo Ismael, luego conocido cantante. Y a veces, desde la ventana de un aula, descubríamos un patiecillo doméstico, ropa tendida, y —como en los versos de Díaz Mirón—

el tiesto con la planta que florece,  
la jaula con el pájaro que trina.

Darí cualquier cosa por saber cómo vivía don *Chicho*, este fantasma, este hombre abstracto deshumanizado por la influencia mágica del algoritmo.



Los corredores de la planta baja



Patio interior del "Colegio Chico"

### III

Otra reforma física afectó a la Preparatoria, pero ésta fue una reforma exterior. Frente a la Escuela, en San Ildefonso, esquina de la actual calle de la Argentina y entonces calle del Reloj, había un cuartel. Después, en ese mismo sitio, se edificó, por obra del arquitecto Etcheagaray, la actual Escuela de Leyes, lo que vino a intensificar el aire del barrio universitario. El abrir la entrada por la espalda, calle del Maestro Justo Sierra, y la construcción del gran anfiteatro decorado luego por Diego Rivera, son posteriores a mi paso por la Preparatoria.

Pero antes, en los días del cuartel, cuando el "Garambullo" se instalaba junto a la puerta a vender sus golosinas en su bandeja portátil de tijera, la calle solía poblarse de soldaderas que se sentaban por la acera preparatoriana.

Don Rafael Ángel de la Peña, el conocido gramático, a quien recuerdo como un viejecito de barba blanca, casi siempre enlevitado y tocado con el sombrero ceremonial que en México llamamos "sorbete", dicen que tuvo la mala suerte de pisar la mano de una soldadera que esperaba pacientemente a su "Juan", medio tumbada por el suelo. De aquella áspera boca comenzaron a salir sapos y culebras, y los muchachos se juntaron para oírla gritar: "¡Viejo tal por cual, hijo de esto y de lo otro!"

Y don Rafael, descubriéndose cortésmente, le decía:

—¡Señorita, repréndame usted por mi involuntario descuido, de que le pido mil perdones; pero, en nombre del cielo, no destroce usted ni ofenda la lengua de Cervantes!

Todo va en gustos: don Miguel de Unamuno paseaba por los lavaderos de Salamanca, para que las "jabonatrices" —que dijo el comediógrafo del siglo de oro— lo injuriaran a su sabor. Le divertía oír las palabrotas, y seguía impassible su camino haciéndose el sordo.

Por su parte, los preparatorianos habían dado en provocar la cólera de las soldaderas llamándolas "¡Hipotenusa, paralaje, binomio de Newton!" y otros tecnicismos científicos por este tenor, que sacaban de quicio a las heroicas mujeres.